



“Ya se siente la cosa encima de uno, y no es fácil. Voy a tratar de parar un poquito los ensayos”.

Después de esos mensajes supe muy poco de él, hasta que un día, justamente el jueves 15 de marzo, me escribió el mensaje con el que empieza esta historia: “Estoy en el terminal de Salitre o algo así, me dicen acá... Para ver si nos podemos mirar para poder comentarle bien qué es lo que pasó. Tengo mucho frío... No sé cómo decirselo”.

Don Gu había huido de su casa y de su pueblo porque no aguantó más la presión. En la madrugada del martes cogió su marimba, un maletín con dos camisetas, dos pantalones y 50.000 pesos; salió a una vía principal y se montó en el primer bus que pasó. Después de catorce horas y media de viaje desde Tumaco, llegó al terminal de transportes de Bogotá. “Me sentía como cuando se le muere a uno la mamá. Uno se pierde en el camino”. Tomó su marimba, y, según recuerda, “me tapié al llanto. Me salían las lágrimas solitas como si fuera un niño”. Cuando se calmó, un hombre le dijo: “Aquí adelante hay una oficina donde lo pueden atender. Usted lo que viene es desplazado”.

EL TAMAÑO DE LA TRAGEDIA

En el listado de activistas colombianos asesinados desde el arranque de la implementación del Acuerdo, hay solo una mención a un líder cultural. Se trata de José Luis García Berrío, quien el 5 de octubre de 2017 recibió cuatro balazos mientras cocinaba en su casa en Cartagena. “Administrador de la junta vivienda local comunitaria del barrio 3 de Junio. Tenía trabajo con jóvenes en temas culturales para evitar reclutamiento forzado”, dice el informe “Una piedra en el zapato” de la organización Somos Defensores. García Berrío tenía 37 años y fue asesinado en el barrio Nelson Mandela, uno de los tantos sectores excluidos y olvidados de Cartagena.

García Berrío hacía posible que el colectivo artístico comunitario Contextos llevara cine, literatura y arte al sector 3 de Junio del barrio Nelson Mandela. “José Luis era la persona que permitía

construir procesos con la misma gente para defender el territorio, para defender sus derechos. Eso estábamos haciendo con nuestra ruta del arte cuando lo mataron”, dice Alí Majul, un artista y líder cultural de Cartagena que tiene un punto tatuado en la espalda por cada activista asesinado desde la firma de la paz. “El man era un bárbaro, era muy potente. Fue la persona que hizo posible otro mundo dentro de la comunidad. Después de su muerte decidimos no volver. Había mucha tensión”.

A la pregunta de si García Berrío es el único gestor cultural asesinado por su labor, Leonardo Díaz, coordinador de protección de Somos Defensores, dice que es muy difícil saberlo porque la gestión cultural no ha estado presente en la discusión. “La sociedad se ha encargado de banalizarlos y no los reconoce como agentes de cambio o de construcción de país”. Según él, en Colombia muy pocas personas saben que los gestores culturales también hacen una defensa de los derechos fundamentales y de la paz. Moisés Medrano, director de Poblaciones del ministerio de Cultura, dice que la sociedad colombiana todavía está en mora de reconocer que la memoria, la identidad y el patrimonio son derechos culturales, y que esos también son derechos humanos.

Líderes culturales como Berrío o Don Gu, según Leonardo Díaz, son un “obstáculo” para las mafias porque hacen un ejercicio de inclusión y participación social; es decir, hacen todo lo contrario a la criminalidad, que es excluyente y disuasiva, y que

“En mi barrio hubo una balacera de cuatro horas. La gente estaba asustada. Ya se siente la cosa encima de uno, y no es fácil. Voy a tratar de parar un poquito los ensayos”

Don Gu toca marimba



DANIEL REINA ROMERO

busca generar miedo y confinamiento: “El aglutinamiento y el pensamiento colectivo terminan muchas veces en un ejercicio de crítica social. Y los mafiosos saben que eso significa un rechazo de la comunidad”.

En palabras de Lucía González, exdirectora del Museo Casa de la Memoria de Medellín y del Museo de Antioquia, y actual miembro de la Comisión de la Verdad, los líderes culturales son el foco de confluencia de las comunidades, el centro de la esperanza y una posibilidad de expresión. “El arte y la cultura son una fuerza salvadora que nos ha permitido nombrar las cosas y salir del silencio, que ha restacado a muchos niños y jóvenes de la guerra y les ha abierto otro camino”.

El investigador social Germán Rey dice que la situación del activismo social en Colombia es “una tragedia cultural”; que la guerra no solo